



Comisión 3

Índice

1. El mejor viaje de mi vida. Nahir Aguilera
2. Si no Conozco la vida ¿Cómo pretendo conocer la muerte? Juan Manuel Antonelli
3. Me sigue gustando el cabaret. Martín Arzer Arangoa
4. ¿Conociendo al enemigo? Manuela Bavera
5. Yo, ya soy así. Nicolás Cerdeira Barberena
6. Las excepciones de lo común. Victoria Chejmanek
7. Por un momento fui un pájaro. Bianca Coleffi
8. Cuando creemos conocer. Malena Coria
9. La Pochi. Juan Martín Córdoba
10. Un encuentro inesperado. Camila Dellamea
11. Dos rayas, positivo. Milagros Díaz
12. Igualitarios. Marcia Freccero
13. La casa. Fernanda Giordano
14. Un cierre trágico para una vida trágica. Valentina González
15. Un secreto más allá de lo grande. Roberto Jauregi lorda
16. Prohibido olvidar. Belén Jauregiberry
17. Las malas compañías son las mejores. Nicolas Koon
18. Descorporización. Sheila Lapaz Lonze
19. Culpa de nadie. Juana Lizardía
20. Toro Rengo; La invasión. Leandro Maldonado
21. Niña vs Niña. Sofía Martin
22. Don't think too much. Marianna Moccero
23. Miedo a lo desconocido debajo del agua. Carlos Fabián Osman
24. La última campanada. Emiliano Pettovello Paladino
25. Damas gratis. Nicolás Racciatti
26. El dinero no da la felicidad. Rodrigo Rojas
27. Oblack. Alejandro Roldan
28. Buscando la paz. Chiara Russo
29. Sin explicación. Florencia Sánchez
30. El día llegó. Carolina Schawb
31. Podrán cortar todas las flores del jardín pero la abuela no se enojará. Rocío Testa
32. Libertad abortada. Julián Troccoli
33. Ranchando en la miserere. Leonardo Urruti
34. Un día no tan común. Estefanía Valiente
35. Sí, acepto. Juan Manuel Villareal
36. El amor que no será. Martina Viola
37. Miércoles 18. Matías Violante

El mejor viaje de mi vida

Nahir Aguilera

En julio del 2012, tuve el mejor viaje de mi vida. Quizás suene como una frase trillada, pero viajar a Disney para festejar mi cumpleaños de 15 fue una experiencia inolvidable.

Un año antes de la salida desde Ezeiza, mis papás me habían propuesto viajar con mis amigas. Al comienzo no acepté el regalo, el terror a viajar en avión me invadía por completo y no lograba decidirme. Después de hablarlo con mis amigas, lo confirmé. Iba a terminar con ese miedo para disfrutar 15 días colmados de diversión junto a otras quinceañeras.

Después de hacer todos los trámites para viajar, llegó el día 22 de Julio de 2012. Fuero largas las horas de espera pero por fin escuché mi nombre. “Nahir Aguilera, bienvenida al mejor viaje de tu vida. Arriba te espera Tomi, tu coordinador.” Fui la primera de la extensa lista de adolescentes en entrar al sector de embargo y, un lujo mayor aún, la primera en conocer a Tomi.

Ocho horas de risas, música y charlas fueron las que nos separaron del gran destino: Miami. El 23 de julio aterrizamos en el aeropuerto de la ciudad conocida por sus palmeras. El calor y la humedad típicos de esa región me sofocaron desde que bajé del avión. Después de cambiarme y estar acorde al clima, llegó el colectivo que nos trasladaría al destino final: Orlando.

Dos horas después estaba en el hotel, disfrutando del servicio a la habitación con un jugo de naranja helado y un tostado con mucho queso. Mi cuarto era el 202, justo al lado del de los coordinadores más codiciados por todas las quinceañeras: Lucho y León, dos rosarinos apasionados por el reggaetón y muy lindos.

En ese hotel cinco estrellas, con piletta y confitería disponible las 24 horas, estuvimos diez días, el lugar parecía un paraíso, las habitaciones tenían tarjetas magnéticas como llaves, había un “Disneyshop” para comprar recuerdos temáticos. Además, nos llevaban a todos lados en colectivos exclusivos de la empresa donde nunca faltaba la música ni los chistes por altoparlante. Así conocí parques temáticos de todas las películas de Disney que habían acompañado mi infancia. Las montañas rusas de más de 50 metros me intimidaban, como los juegos modernos que sólo era posible encontrarlos ahí, en Estados Unidos.

Todo transcurría mejor de lo que hubiese imaginado, pero el quinto día de viaje, dedicado exclusivamente a comprar celulares y cámaras de fotos última generación, amanecí con gripe y un fuerte dolor de garganta que no me dejaba hablar. Después de ser atendida por la médica de la empresa, supe que los cambios de temperatura, causados por los aires acondicionados y el calor del lugar, me habían hecho mal. Un día de reposo, antibióticos y las ganas de seguir conociendo cosas nuevas me ayudaron a recuperarme rápido y continuar el viaje sin problemas.

El 2 de agosto volví...a armar los bolsos y las valijas, ahora repletas de ropa nueva, para emprender camino a Miami y disfrutar de la playa los últimos días antes de volver a la Argentina. Otra vez dos horas de viaje en el colectivo y llegamos a la ciudad de las palmeras. El calor agobiante no fue un obstáculo para descansar de las corridas por los parques no para recuperar las horas de sueño perdidas.

Finalmente el cinco de agosto aterrizamos en nuestro país, después de otras ocho horas de viaje con bronceado caribeño y una valija más de las que había llevado en la salida, llegué al aeropuerto donde mi familia me esperaba ansiosa.

Este viaje no sólo fue un regalo de cumpleaños sino que fue un momento de disfrute constante. Tuve la suerte de conocer lugares inolvidables y que espero poder visitar pronto. Por supuesto nada de esto hubiese sido posible sin mis referentes en la vida, mis papás.

Si no conozco la vida ¿Cómo pretendo conocer la muerte?

Juan Manuel Antonelli

La muerte está presente y nos acecha. Me afecta pensar que no hay reencarnación, que no hay nada después de la muerte y que la religión nos mintió. Mi fe hacia Cristo disminuye a medida que pasa el tiempo. Con el correr de las horas, con el aparecer de una nueva injusticia, se va un poco más...

En lo personal yo tengo un problema psicológico con la muerte misma. Por ahí me maquino todo el tiempo y me aturdo con preguntas como por ejemplo: "¿cómo voy a morir? ¿Cuándo? ¿De qué manera? Y la pregunta que más me hace ruido ¿hay una vida después de la muerte? Y eso me mata, porque pienso que ya no voy a volver a ver a quién ya murió y me invade la tristeza; espero estar totalmente equivocado.

Creo que esto surgió con la muerte de mi primo, y más tarde con la de mi abuelo. Me tocó verla de cerca, me hizo mierda, les tocó a ellos que eran terribles personas y acá me surgen mis dudas sobre el más allá, y salen preguntas como: "ese supuesto Dios ¿los necesitaba? Y el 10% de religión que hay en mí, me sirve de amparo.

También me carcome la cien preguntas un poco egoístas, porque la muerte es una porquería que no se justifica, pero le podría haber tocado a algún violador, a un asesino, a un chorro y no a mi familia. No importa si sos bueno o sos malo, la muerte está.

También tengo un problema personal con los velorios, nunca tuve el coraje de asistir a uno, me pongo en el lugar del fallecido y ni siquiera me puedo imaginar ahí, alrededor mío todos llorando, algunos quizá ni hubiera querido que estén ahí, pero igual están. El no poder asistir a estos encuentros me hace pensar que no estoy preparado para enfrentarla.

Pero hay algo que sí tengo claro, a la hora de morir quiero donar todos mis órganos a personas que en verdad los necesiten así dan pelea. Antes de llevármelos a la tumba realizo un acto de caridad.

La muerte es una vida sumida, la vida es una muerte que viene, así que duermo con el pensamiento de la muerte y me levanto con el pensamiento que la vida es corta.

No le debemos temer y lo quiero superar, porque mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos.

Me sigue gustando el cabaret

Martín Arzer Arango

En vacaciones de verano estaba con mis amigos en medio de un asado, nos encontrábamos alrededor de la mesa, en la parrilla de casa, jugando al típico entretenimiento nacional de naipes, el truco. Entre un par de copas y tragos de más, y con el afán de pasar una noche distinta, uno de los pibes me dice: -Colo, ya que tenés el auto vayamos hasta Macachín, a la Chicha Show, que me contaron que se pone lindo los fines de semana.

Luego de esto nos acomodamos, cada cual se fue a su casa a bañar, cambiarse y los pasé a buscar para arrancar. Una vez que estábamos los cinco en el auto partimos desde Miguel Riglos hacia Macachín, cuestión que en el viaje, como de costumbre, ya íbamos de fiesta en mi Ford Fiesta.

Serían las cuatro de la madrugada cuando llegamos al bar y al bajar del auto ya estábamos observando el ambiente del lugar.

Como en cada ocasión, Anibal siempre invita un whisky, así que sentados en la barra y atendidos por una chica, comenzaron los idas y vueltas de la charla entre amigos y Marco dice: -Le pago la bebida de toda la noche al que se encare a la moza.

Al parecer, la chica además de hacer atención al público, estaba siendo prostituída por el dueño del bar y obviamente que nos aceptó. De a uno y con horario nos hizo pasar a su cuarto con luz roja donde "basta con describir que le besamos hasta la sombra" diría

Arjona.

La noche se fue agotando y el día comenzó a asomar con sus primeros rayos de luz. Eran ya como las ocho de la mañana y en viaje de vuelta a casa veníamos charlando y comentando lo que había ocurrido y cómo la habíamos pasado.

Anibal y Marco decían haberlo pasado bien, Álvaro que fue el último en entrar no dijo lo mismo. Francisco y yo dijimos que no la habíamos pasado mal, pero pensamos más en cómo la pasó esa chica que era obligada a trabajar, a prostituirse por obligación, a tener relaciones con personas que quizás no conocía o directamente que ni quería conocer.

La noche culminó, repartí a los chicos en sus casas y nos fuimos a dormir. Ya en nuestras casas le mandé un mensaje de texto a quien estaba leyendo esto y le conté que no era verdad y le pedí perdón por engancharlo con la lectura. Sólo fue una imaginación con personas reales, como así son mis amigos. Todo esto lo soñé mientras dormía, ya que estando acostado me puse a escuchar el tema de Riff: "Me sigue gustando el cabaret".

¿Conociendo al enemigo?

Manuela Bavera

De repente lo vi en mi patio. Nunca había visto algo así, no sabía lo que era, no distinguía su género. Lo único que sabía era que estaba en mi patio, hurgando, buscando vaya uno a saber qué cosa. Y era feo, sin forma determinada. Estaba asustada pero tenía mucha intriga, me acerque aún más a la ventana para observarlo mejor. Pero me tropecé con la frazada que colgaba de mi cama e hice mucho ruido. Él, como era de esperarlo, me escuchó y se acercó a la ventana. Y en ese momento lo vi, con la luz de la luna iluminando su cara, era algo parecido a un humano, tenía ojos muy grandes y profundos, un cuerpo muy delgado y arrugado. Pero lo que más llamó mi atención fueron sus ojos. Yo en el suelo y él en la ventana mirándome tan fijamente, la profundidad en sus ojos provocaban interrogarme lo que había en su interior. Y en mi curiosidad aumentaba, pero también mi miedo, estaba atónita ante una figura que jamás había visto. Me pare, tome coraje y abrí la ventana. La curiosidad le había ganado al miedo.

Cuando uno está frente a algo o alguien que es extraño, no sabe cómo actuar, no lo conoce, ¿es bueno? ¿Es malo? ¿Me hará daño? no sabemos nada de eso, pero había que averiguarlo.

Este ser permanecía observándome, pareciera que no era la única en asombrarse con lo que veía. Quise decir algo, pero en el instante que abrí mi boca, él tomó mi mano. Comenzó a olfatearla, y debo admitir que fue muy incómodo, pero me demostró cierta confianza. Decidí salir de mi pieza, por la ventana, al patio. Él retrocedió de inmediato, puede que haya sido por la torpeza que me caracterizaba que lo asusté con mi brusco movimiento. Pero, ¿Tenía sentimientos? ¿Podía asustarse? Lentamente me acerqué y le dije:- ¿Te asustaste?- Él miró hacia mis piernas, quizá le parecían extrañas, pero no respondió. Volvió a tomar mi mano y me tironeó para que fuera con él. Dudé por un momento, pero decidí dejar que fluya. Él parecía bueno después de todo, no me había hecho daño, asique decidí confiar. Caminábamos por las calles desiertas, algunas iluminadas, algunas solo con un farol encendido. Hacía frío, y comenzaba a sentirlo. Mi acompañante se frenó en una casa, que parecía abandonada, él no tenía frío. Quise preguntarle por qué había frenado pero, de repente, la puerta de la casa se abrió. Y me asuste. Pero entramos.

No se cómo ni cuándo pero, en un abrir y cerrar de ojos, ya no estaba en el mismo lugar. Había muchas luces y botones, controles y colores. Era algo futurista el ambiente. Desesperadamente comencé a mirar a mis alrededores, y ahí estaba el.

— ¿Te asustaste? - me dijo con una voz distorsionada que apenas entendía-. No tengas miedo, vamos a un lugar mejor.

Yo, ya soy así

Nicolás Cerdeira Barberena

La tristeza rodeaba sus ojos negros marcados con ese intenso contraste blanco. Despeinada. Mirando atentamente a cada auto que pasaba rápido frente a ella. Bajo su mano y del bolsillo de su tapado de feria, saco un atado de cigarrillos, agarro uno, lo llevo a la boca y pito larga y ferozmente. La veía detrás del empañado vidrio de mi auto. No se me escapaba ningún detalle de esa mujer. Sus tacos, su maquillaje corrido, su opaca vestidura, su cuerpo delgado y su nariz redonda ¿Cuándo tiempo tardara en subirse al primer auto que frene? ¿Cuándo tiempo tardara en regresar si eso sucede?

Yo estaba triste y arrepentido, sabía que no podía ayudarla. No me animaba. Hace cinco años que la veía parada, seria, en la misma esquina. Su mirada perdida buscaba una ilusión, una palabra que no sea ni “¿Cuánto cobras?” o “¿Te animas a todo?”.

La noche es corta y se terminaba. Dos veces la vi subí y baja de autos distintos. Me acerqué con mi auto a la esquina. Cuando empecé a bajar la ventanilla, ella, ya se acercaba.

– ¡Buenas noc...! - quise decirle.

–130 la hora y me animo a todo.- Interrumpió con su fría y desgarradora voz que hizo temblar mi corazón de compasión.

–y... ¿Si te invito a desayunar?

–No estoy para estos juegos-confeso rápidamente y giro.

–Dale, subite. Confía en mí. -Si bien dudo más de una vez termino subiendo. Le propuse ir al “Bar de Juanma” y acepto.

-Entre mi oscuro presente, existió un pasado peor, lleno de tristeza y desilusiones.-dijo.

Con los ojos llorosos y culpándome por saber que no podía fingir inocencia le pregunte:

– ¿Que paso en tu pasado?

Me contó que se llama Julia, que tenía 19 años, que sus padres la echaron de su casa a los 14 años, que su ex novio abusaba de ella, la maltrataba, la golpeaba y la abandono embarazada. Ante estas situaciones sin amigas, sin familia y sin esperanza decidió abortar e intento suicidarse varias veces, pero ninguna tuvo éxito. Me contó también que era la primera persona luego de cinco años que se preocupaba por ella y la escuchaba. Cuando concluyo diciendo:

–Las personas no pueden cambiar, y yo, ya soy así. Gracias y nos vemos- Dándome un beso en la mejilla se levantó y se fue con la misma actitud con la que había subido a mi auto.

Me quede sentado decepcionado y me preguntaba si en algún momento noto que yo era su padre, y que si no lo noto, verdaderamente, yo, pude cambiar.

Las excepciones de lo común

Victoria Chejmanek

La idea de salir a cenar o disfrutar de una picada un viernes a la noche con amigas es muy natural, al menos lo es en la ciudad de dónde vengo. Cenamos juntas probablemente dos veces al mes. En esos momentos es cuando aprovechamos para ponernos al día y contarnos como fue nuestra semana. La pasamos muy bien porque nos divertimos mucho además de disfrutar de una rica comida.

Luego de largas horas de charla y terminada la cena, generalmente nos dirigimos hacia alguna heladería y compramos el postre. Pero hubo una noche que no fue igual a todas. En algún momento la llegada de un niño de no más de nueve años, que venía a ofrecernos comprar flores; nos borró las sonrisas. Nos invadió una mezcla de sensaciones entre ternura y tristeza por ver a ese nene tan chiquito, trabajando en invierno a altas horas de la noche.

Mientras el nene ofrecía las flores, había quienes las compraban como quienes mostraban total indiferencia ante la situación. Con mis amigas miramos hacia alrededor y no ubicábamos a quien acompañaba al niño, aparentemente estaba “sólo”. En ese momento decidimos llamarlo pero no para comprarle flores, en lugar de eso le ofrecimos pizza y un vaso de gaseosa. Al principio el pequeño se negó a aceptar, él quería vendernos flores o recibir “alguna monedita”

Después de insistir logramos que el niño se sentara por lo menos cinco minutos, comiera unas pocas porciones de pizza y bebiera un vaso de gaseosa. Terminado su vaso de coca, el pequeño se levantó, nos agradeció y siguió vendiendo sus flores. Minutos después lo perdimos de vista.

Al terminar la cena decidimos, como de costumbre, ir hacia la heladería. Caminamos una cuadra y allí vimos al niño con un mayor, que aparentemente era su padre, a quien el nene le estaba dando la recaudación de las flores.

Fue así como nos dimos cuenta de que el hecho de salir a cenar un viernes a la noche, no era algo “natural” para todos. Sobre todo el hecho de cenar...

Al principio nos indignamos por lo que vimos pero luego entendimos que no conocíamos en qué situación estaba esa familia, así que no podíamos juzgar al padre. Lo único que nos quedó, fue el consuelo de saber que esa noche de frío, el nene había podido cenar algo con nuestra ayuda.

Por un momento fui un pájaro

Bianca Coleffi

Aquel momento de total silencio, conectándose cada uno con su alma y todo lo que la rodea. Ese momento de soledad en el que estaban ellos solos y el mar, tan inmenso e incierto que provocaba un profundo sentimiento de tristeza y de libertad al mismo tiempo. Allí estaban, parados sobre una piedra los cuatro, mi esposo, el que fue mi compañero de vida y mi gran sostén en todo momento, no solo compartíamos una casa y una familia, sino también un mismo ideal y una misma manera de construir el mundo.

De la mano de él estaban mis tres hijos, otros tres compañeros que la vida pudo darme, y que más duele dejarlos.

Pero ahí los veo a todos, realizados y formados, que la inseguridad de dejarlos frente a la vida por momentos desaparecía, sabía que cada uno podía defenderse frente a ella.

Escuchaban la canción que empezaron a cantar, muchacha ojos de papel que era mi preferida, con la que todas las noches me iba a acostar. En aquel momento fue cuando sentí que me desvanecía en el viento, que volaba y que me dividía en miles de pedacitos en el viento. Primero me ponían entre sus manos y luego me soltaban para que sea libre, como yo les había pedido días antes. No necesitaba guardarme hasta desintegrarme en la tierra y que sean mis huesos el alimento de ésta y mi último recuerdo en la vida. En cambio, quería que mi cuerpo quedara en el viento, luego en la tierra, y como parte del mundo del que fui parte.

Nunca sentí tanta libertad como en aquel momento. Ya no envidiaba el vuelo de los pájaros como lo hacía todas las mañanas al verlos por la ventana de mi cuarto.

Cuando creemos conocer

Malena Coria

Se llamaba Maila, le decían Lola. Mis compañeros del trabajo me la recomendaron varias veces pero siempre me rehúse a ir con ella, por respeto a mi esposa. Aunque por aquella época andábamos muy mal. Peleábamos todo el día, por cualquier cosa. Recuerdo que discutíamos bastante seguido, después desaparecía por días. Resulta que se quedaba en

casa de su mamá o de alguna amiga, a veces pasaba semanas enteras sin volver. Siempre me llamó la atención, pero nunca pregunté porque sabía con qué clase de mujer me había casado.

Entre idas y vueltas nos separamos, en realidad ella se separó de mí. Ese día juntó sus cosas, se fue y no volvió más. Estuve mucho tiempo solo, mis amigos volvieron a recomendarme esa “agencia de acompañantes” como le decía el discreto de Mauro. Finalmente me harté de relaciones falsas y superficiales que al terminar me hacían sentir más solitario. Entonces fue cuando me decidí a probar nuevas experiencias.

Tardé cierto tiempo en conseguir turno con esa “Lola” tan famosa, a la que todos alabaron por su experiencia y sus formas de dar placer. Me llegó el rumor de que en estos últimos meses había incrementado su clientela. Incluso decían que habría abandonado su trabajo y anterior vida para dedicarse a esta profesión.

Llegó la fecha que me dieron en la agencia, en la que por supuesto me anoté con un nombre falso. Entré a la hora exacta que figuraba en el registro, estaba nervioso. Aunque fuese un hombre ya mayor esta sería mi primera experiencia en estos lugares. Al decirle mi supuesto nombre a la empleada que atendía la entrada; ésta última se levantó de su silla y me condujo a la habitación más alejada de todas. Insistió en que me acomodara y espere a mi acompañante paga, así lo hice. Pasaron diez minutos cuando se abrió la puerta, y allí en poca ropa estaba parada María Inés Latorre, Maila o Lola, como le decían en el barrio cuando era joven. Esa mujer, ahora petrificada en el umbral era mi esposa.

Así fue como descubrí los motivos de aquellas desapariciones y por qué aumentó su fama hace unos meses luego de nuestra casual separación. Mi mujer era una prostituta.

La Pochi

Juan Martín Córdoba

Luego de tanto desearlo, llegó mi primera noche a solas en mi casa. Hacía algunas horas que mis padres habían partido a la montaña en busca de una segunda luna de miel, cuando aproveché la ocasión para hacer lo que quisiera. Subí la música al máximo volumen posible, encendí un cigarrillo y abrí la vinoteca que tanto protegía mi padre. Cuando creí alcanzar el máximo nivel de felicidad, un llamado telefónico irrumpió la escena. Era mi tío, el mayor, quien en un tono risueño me dijo: -Preparate que en media hora te paso a buscar, ¡hoy te hacés macho!

Debo reconocer que me asusté un poco, sobre todo por la manera en que me lo dijo y de inmediato atiné a apagar el cigarrillo, apagar la música y esconder cualquier tipo de evidencia del descontrol reinante.

Me cambié de ropa y mi tío, siempre puntual, fue en mi búsqueda. El viaje se hizo largo debido a que ninguno de los dos se atrevía a decir una palabra. Al llegar al destino bajé del coche e invadido por una enorme incertidumbre ingresé a una antigua casa, despintada y de vidrios oscuros.

—Ahora no preguntes nada, disfrutá- me dijo mi tío mientras me guiñaba un ojo.

La escena era espeluznante, varios hombres con vasos de whisky en la mano saludaban a algunas señoritas que estaban sentadas en butacas negras al lado de un gran mueble, que hacía las veces de barra. Mi tío saludó a uno de aquellos cabelleros y le dijo: - Traje a mi sobrino, el hijo de mi hermano, para que meta el primer gol en primera- El hombre de abdomen prominente rió e hizo una seña indicando uno de los pasillos: - Pasa por allá pibe.

Aterrado, me dirigí al pasillo que conectaba varias habitaciones numeradas, en la número cuatro había una señora de avanzada edad que me miró a los ojos y me dijo: - ¿Y nene? ¿Querés verle la cara a Dios?.

No me animé a decir ninguna palabra del diccionario. La señora, generosa de carnes, era

morocho. Tenía una raya en el medio de la cabeza que descubría un improvisado peinado, dos argollas enormes como aros, un camisón blanco a lunares verdes y las piernas que parecían dos palos borrachos.

Su voz daba a entender que era una gran fumadora. Al entrar a la habitación se recostó sobre la cama y se quitó el harapiento camisón.

—Si esta es la cara de Dios, me hago ateo" pensé en ese instante. Por algo de pudor que aún me queda voy a omitir lo que sigue, ya que asumo que usted lector, lo comprenderá.

Al finalizar la función, y antes de despedirme, me animé a preguntarle su nombre.

—Me llamo Carmen pero me dicen "La Pochi".

Salí del lugar y jamás volví a verla, quizás haya muerto, no lo sé, pero siempre vivirá en mi memoria la mujer que supo marcar mi adolescencia y a la que quise homenajear con estas humildes líneas.

Un encuentro inesperado

Camila Dellamea

La Tierra se encontraba en una posición riesgosa, las máximas potencias mundiales habían decidido tener contacto con seres habitantes de Marte, que fueron descubiertos hacía tres años pero recién ahora todos decidieron ir más allá y tratar de establecer una relación para que humanos y marcianos pudiéramos convivir pacíficamente y podamos llegar a ser una gran Nación.

Soy una periodista, que en aquel entonces, trabajaba para una reconocida empresa de medios llamada Press Int, en Londres y fui una de las periodistas elegidas para registrar y transmitir todo lo ocurrido en aquel encuentro que duró ocho días.

Tal como me refería al inicio, me resultaba un tanto arriesgado el encuentro ya que no sabíamos como reaccionarían ellos y si entenderían nuestras intenciones sin recurrir a un ataque.

Al principio me opuse a la idea de ir justamente por lo que creía, mi temor era muy grande hasta que cambié de parecer cuando me convencí de que esta oportunidad sería única y estaría formando parte de la historia. Fue así que acepté y el día llegó.

El 14 de octubre del 2002 despegamos desde una base de la NASA ubicada al norte de California y llegamos dos días después a la pequeña estación de Marte. Allí especialistas nos dieron todas las indicaciones necesarias para prevenir algún tipo de accidente y evitar que nos perdiéramos.

Partimos de la estación en unas especies de pequeños conos de golf espaciales que nos trasladaron hasta donde tendríamos nuestro encuentro.

Luego de unos 25 minutos de viaje los vehículos se detuvieron y uno de los científicos nos advirtió: —Miren, ahí están- Entre dudas y temores todos nos bajamos de los carros y comenzamos a dirigirnos hacia ellos. Al cabo de un tiempo de mirarnos unos a otros comenzamos a tratar de comunicarnos con aquellos extraterrestres y yo traté de hacerlo con una pequeña marciana que por lo que pude comprender se llamaba Woo.

El encuentro fue tan extraño, surrealista, de alguna manera logré comunicarme con la niña que no pareció tenerme miedo ni yo a ella. Nos atraía la curiosidad de cada una y el querer entendernos. A todos los demás les ocurrió lo mismo.

Fue la intriga lo que hizo que busquemos la manera de comunicarnos entre nosotros y no hubo malas intenciones, me había equivocado, el encuentro salió bien.

Dos rayas, positivo

Milagros Díaz

Mercedes era una muchachita a la que no le faltaba nada, su padre policía imponía su

respeto pero a la vez era su compañero en la casa. Su madre nunca la descuidaba, ni a ella ni a su hogar, era una buena ama de casa.

Merceditas, como la llamaba su abuela, iba al mejor colegio de la capital, sus amistades eran del agrado de sus padres.

Un amor cambió de repente toda esa fantasía en la que vivía. Gustavo, un jóven poco apuesto le mostró a la princesa un mundo diferente, con solo 17 años el chico trabajaba para ayudar a su madre y a sus hermanos.

A los pocos meses la parejita ya rondaba por las zonas más turbias de Quilmes, Gustavo mostraba orgulloso a su hermosa novia en las fiestas barriales que se daban semana tras semana. El espíritu angelical de Disney se borraba de Mercedes cuando ella bailaba la cumbia tropical del momento: "el amor sobre toda diferencia social, dentro del calendario cada día se va, a pesar de las dudas y del qué dirán el amor puede más", los novios juraron amarse para toda la vida al compás de la canción de Rodrigo.

Con el tiempo los chicos fueron experimentando otros encuentros, en cada uno de ellos los jóvenes se aferraban cada vez más y más hasta que parecía todo una gran mentira.

– ¿Vos me estás hablando posta?- Preguntó el novio.

– Si, no tengo dudas, me hice tres y todos salieron positivos- dijo llorando, Mercedes.

– Te las vas a arreglar vos, Mercedes, porque yo no quiero saber nada con tener un pibe a mi edad- finalizó Gustavo.

La niña no encontraba otro refugio que el de aquel papá que siempre tenía la respuesta perfecta. Sin embargo, antes de expresar todo lo que llevaba dentro con él, decidió hablar con su madre.

– Qué te pasa Mer, te noto rara- preguntó su madre, quien veía en los ojos de su hija mucha angustia.

– Mamá tengo que ser lo más directa: Estoy embarazada- respondió llorando.

– ¿Cómo?, ¿qué? Qué me estás diciendo

– Mami te juro que yo no quise...- Y antes de que su hija siga hablando Gladys la interrumpió.

– Te vas de mi casa, te crié como una princesa y sos toda una atorranta.

El tono de su madre reflejaba la fría vida que elle había llevado, esa casa tan grande era una pantalla sin sentimiento.

Mercedes se quedó sin madre sobreprotectora, sin el compañero que había demostrado ser su padre y sin Gustavo, el amor que le robó su corazón. Sin embargo no se encontró vacía, algo creció dentro suyo. Su vida había cambiado rotundamente pero ella seguía escuchando su canción favorita: "Ese vago atorrante que nunca tuvo un cospel, le puso el pecho de arranque, erizándole la piel, con chamuyos elegantes, le pintó el mundo al revés, para que siempre lo banque, de primera la hizo bien".

Igualitarios

Marcia Freceero

Sin duda, la sociedad ha evolucionado bastante en estos últimos años en materia de igualdad, y los integrantes de la comunidad homosexual argentina, que a lo largo de los años han sufrido constantemente el hostigamiento, han sido aprisionados, tratados como enfermos y hasta asesinados, hoy en día pueden hablar sobre una ruptura y un resurgir de sus identidades; y ésta es una historia de dos familias que se conocen en un mismo hecho histórico que las interpela de diferentes maneras.

Gabriela es una muchacha de 20 años, criada en el seno de una familia católica, estudia abogacía. Ella es toda una meritócrata, como le gusta describirse. Opina que nadie le ha regalado nada, es descendiente de una familia de trabajadores. Su padre es ingeniero, su madre médica. Juntos viven en una hermosa casa ubicada a pocas cuadras del Congreso.

Corre el año 2010 y Gabriela recibe una noticia que cambia el curso de su vida. El médico le confirma sus sospechas. Está embarazada. Afuera la está esperando su novio, Francisco. Él es estudiante avanzado de abogacía, hijo de un juez federal, tiene la carrera prácticamente diagramada. Al egresar, los espera un estudio jurídico-contable que cuenta con la reputación que su padre y su tía han ido forjando a lo largo de su vida.

El niño nacerá con un pan bajo el brazo, será el mimado de ambas familias, nunca le va a faltar nada, porque según Gabriela si uno se esfuerza lo suficiente, obtiene lo que se merece.

Es Junio, el clima es húmedo y frío, la calefacción en el consultorio está al tope. Gabriela y Francisco van caminando hacia la salida de la clínica y les llama la atención un tumulto de gente que vocifera en el hall de la entrada.

En el mostrador, una empleada administrativa trata de explicarle a una pareja de homosexuales que la clínica no puede atender al niño que está volando de fiebre entre los brazos de algunos de ellos, pues ante la ley no está reconocido como hijo de ambos y quien sí tiene afiliación no figura como progenitor en los registros. Se oyen llantos, súplicas, indignación, y el resto de los pacientes que no avalan la posición de la pareja que exige la atención médica de su hijo.

Un mes después de este hecho, Gabriela vuelve de su chequeo médico, y de regreso a casa, le llama la atención una multitud que se agolpa en la plaza de los Congresos. Al parecer, en el recinto se está debatiendo la ley de matrimonio igualitario. Es 15 de julio de 2010 y las calles están abarrotadas de gente pese al frío.

Adentro, se sanciona la ley, y afuera, la comunidad homosexual argentina se abraza, se besa y festeja. En el medio de la plaza, un escenario montado, donde tomados de las manos, varias figuras representativas de espectáculo, la radio y el gobierno, y las caras visibles de la Comunidad Homosexual Argentina, brindan sus discursos.

De repente, Gabriela nota una familiaridad en las caras de dos hombres que en ese momento tienen la palabra. Los observaron, hasta que los reconoce: son esa pareja que había visto en la clínica con su hijo. Se siente atraída por escucharlos, se queda parada, presta atención a sus palabras, uno de ellos tiene el micrófono.

“hoy, por primera vez en mi vida, puedo presenciar cómo el estado reconoce mis derecho, y que por fin puede decir que ya no tengo la sensación de ser un ciudadano de segundo”.

Gabriela vuelve a casa con una lección aprendida. La meritocracia no existe. Aunque se supone que todos somos iguales, muchas personas se encuentran privadas de sus derechos, y es decisión del estado, cada uno de nosotros velar por el respeto y la igualdad de oportunidades.

La casa

Fernanda Giordano

Por acá vi entrar y salir a más de un personaje que seguramente hayas visto en la televisión o escuchado en la radio. Cada cuatro años el hombre que atravesaba la puerta de entrada difería poco y nada con el que se iba. Incluso hubo una época en que la puerta parecía de vaivén, en solo una semana vi pasar hasta cinco hombres de traje y corbata que pedían ser llamados presidentes aunque nadie los haya elegido.

Fines del 2002, entra un hombre de unos 60 años, un poco excedido de peso, con un ojo desviado y un acento al hablar igual de particular que su apellido difícil de pronunciar. Una vez, mientras la servía la cena y sin que se lo preguntara, me conto que hacia un tiempo vivía en Buenos Aires por su tarea de legislador pero que en realidad venia de la Patagonia. Me hablo del clima frio y los vientos fuertes que soplaban diariamente, me pregunto si conocía, le conteste que todavía no había tenido la posibilidad pero que algún día me

gustaría conocer. Continúo con la descripción de su ciudad pero no le preste atención, seguramente en un año lo rajaban a patadas.

Este, como el resto, no vino solo, estaba acompañada de sus hijos y su esposa. Desde su llegada ella fue igual, tenía un tono para decir las cosas que no admitía discusión. Al principio no entendía como podían ser marido y mujer, él siempre se notaba más pacífico. Pero con el tiempo descubrí el porqué, verlos juntos era como esas aguas danzantes que hay en Los Ángeles y que uno puede ver en los descansos entre round y round de una pelea de boxeo.

Lo que parecía una estadía fugaz se convirtió en 12 años, aunque en los últimos cinco años solo vivía ella. Durante la noche, las veces que me tocaba hacer doble turno, la escuchaba entrar en la cocina y sin despertar a las de servicio, se preparaba algún trapo bien fuerte. Supongo que era para poder dormir mejor.

En el último tiempo que vivió en la casa, escuchaba en la tele que ya había elegido a alguien para que la suplantara y que era el preferido por la gente. Sin embargo, las veces que la veía la notaba nerviosa, cansada, insegura.

El enemigo se presentó en diciembre del año pasado en la casa, lo acompañaban su esposa e hija más chica. A diferencia del anterior, era flaquito y bastante más bajo que lo que se aprecia por televisión. Con aire agrandado propio de porteño oligarca nos saludó a todos los que trabajábamos en la casa.

–Hola, buenas tardes-repetía una y otra vez, mientras nos miraba indiferente con sus ojos celestes. Nunca extendía la mano

Algunos estábamos asustados, sabíamos que en cualquier momento rajaba a la mitad. Otros se habían comido el cuento que repetía por televisión. El primer mes, la cosa fue más tranquila de lo que esperaba. Se escuchaba que despedían gente en algunas empresas y que en el Estado corría la misma bola, pero eso parecía no inquietar la casa.

Un lunes a la tarde cuando me disponía a comenzar otro día en el trabajo nos llaman a todos a la oficina de personal. Lo vi a Alberto, mi jefe durante 20 años, con la mirada clavada en el piso movía las manos de los bolsillos del pantalón hasta el pecho, nervioso se secaba el sudor. Cuando estuvimos todos dijo con voz entrecortada:

–Bueno muchachos, hagamos esto rápido por favor que son muchos los de la lista y sé que van a haber preguntas. Y comenzó la danza de apellidos, si oías el tuyo, mañana no trabajabas y empezar a rezar por la indemnización. Yo tuve que empezar a rezar.

Un cierre trágico para una vida trágica

Valentina González

Luego de la aparición del padre Farías sentí que podía recuperar un poco de cordura, que tal vez los días ya no me serían eternos. Jamás imaginé que me terminaría enojando con él. Me enojé porque necesitaba sentir algo más que desolación. El padre tenía como objetivo no sólo sacarnos de prisión sino también que recuperara mi fe en Dios, algo que yo sabía era imposible. Cinco aniversarios tuve que festejar encerrado al olvido de todos, inclusive del mismísimo Dios.

Mi tiempo en prisión no fue solamente tener que soportar castigos crueles, la mala comida y saber que era inocente, sino que tuve que padecer una tortura mucho más grande a nivel psicológico. Me quise autoconvencer de que Mercedes me esperaría, que mi padre aún creía en mí, que la sociedad no los hacía padecer habladurías y sobre todo que alguien aún peleaba por mi inocencia.

Cinco años pasé analizando cosas que no podía solucionar, cinco años perdí de mi vida, suficiente tiempo para planear mi regreso. Un regreso que no iba a permitir que nadie olvide, pero nunca consideré la posibilidad de que al salir ya no me iba a quedar nada ni nadie. No estaba preparado para asumir que mi padre no había logrado superar su

depresión por mi ausencia , que mis vecinos ya no se acordaban de mí, que la gente que me envidiaba por lo poco que tenía, que era de gran valor, ya no lo hacía porque ahora tenían el doble. Pero hay cosas que duelen más y en este caso fue enteramente que mí Mercedes se volvió a casar y que fue capaz de traer a este mundo un hijo de otro hombre que no era yo. Pasé toda mi injusta condena esperando salir para volver a verla, estar con ella y tener al fin la familia que tanto soñamos juntos. Pero ella no esperó ni dos años para volver a enamorarse y dejarme atrás. Como si nunca hubiera existido ese amor que yo creí invencible.

Cinco días pude estar fuera de prisión antes de decidir encerrarme nuevamente. Esta vez yo elegí el cómo y el dónde, los motivos ya no importaban porque justamente faltaban razones para seguir viviendo una vida que sólo me dio disgustos y tristezas. Esa última vez preferí un encierro permanente, uno que me llevara a un lugar que en algún momento creí real, que me daría la paz que me faltó en vida.

Un secreto más allá de lo grande

Roberto Jauregi Lorda

Gonzalo, 17 años, un chico de secundaria vive con su hermosa familia de cuatro integrantes, su madre, su padre y su hermana menor que se llama Magali, tiene 15 años también va al secundario, hermano mayor y hermana menor no tienen una buena relación como familia, en la casa ni se hablan, solamente cuando se tienen que alcanzar algo pero hasta ese punto.

Una noche Gonzalo le agarra ganas de ir al baño y va justo cuando dobla la escalera se choca con su hermana menor y caen los dos al piso, Magalí se levanta y le dice a su hermano “fíjate por donde caminas idiota” luego Gonzalo se levanta del piso y encuentra al lado de él un libro de anime, obviamente se le había caído a su hermana cuando chocaron un libro obsceno para su edad.

Al día siguiente antes de ir al colegio Gonzalo encuentra a su hermana arrastrándose cerca de la escalera buscando algo y Gonzalo le dice “¿buscabas esto?” y le muestra el libro de anime.

Magalí se lo intenta sacar de las manos pero no lo logra y Gonzalo le dice “te lo doy si me explicas qué haces con esto” entonces Magalí le dice “está bien seguime a mi habitación”, la sigue, entran, y le muestra su gran secreto a su hermano detrás del ropero, una gran colección de comics, juegos de computadora, figuras coleccionables y mangas.

Al día siguiente la llaman, habla con su padre y le dice “¿qué pasa padre?” el padre le pregunta qué es esto mientras le muestra sus colecciones que había encontrado.

Magalí, con una cara pálida le dice que no era de ella y el padre no le cree entonces le dice ya no voy a repetir la idea de que mi hija tenga estas cosas y gritándole le dice hija no ves en las noticias que por estas cosas las personas se muestran encima con artículos para mayores de 18 años, si no tiras estas cosas voy y te las quemó yo. Ella le dice a su padre molesto con una pequeña lágrima entre sus ojos “por qué no me dejas ser feliz” y se va corriendo dejando solo al hermano.

Prohibido olvidar

Belén Jaureguiberry

Pasaron dos años de aquel verano en Cancún, donde todo era bueno, no existían los horarios ni las obligaciones. Lo único que importaba era la playa, el sol y mis amigas.

Cuatro chicas, un departamento y miles de risas, así pueden describirse las mejores vacaciones que un grupo de jóvenes pueden tener. Pero todo era más lindo por el esfuerzo que cada uno había hecho durante el año para poder viajar.

Las rifas, la venta de tortas, meses de usar el celular roto para ahorrar esa plata y no generar otro gasto, ferias americanas y muchas cosas más para poder ganar tan solo un poco más de plata.

Llegó el trece de enero y ahí estábamos, paradas en el aeropuerto esperando para viajar ansiosas, nerviosas y sobretodo felices, el viaje que siempre habíamos soñado se estaba por cumplir.

Aterrizó el avión y en ese instante supimos que no importaba nada más que nosotras y la playa, y así fue, fueron diez días en los que pudimos observar que no existe mejor cosa que la amistad y el poder disfrutar con esas personas importantes.

Y como Sabina comprendí: "que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver" porque eso es lo que hace a cada momento único.

Las malas compañías son las mejores

Nicolás Koon

Durante mi viaje a España noté que la evolución del pensamiento los aventaja, los europeos poseen una cabeza más amplia con respecto a los estereotipos (hoy en día tan marcados en nuestra sociedad) un tanto tabúes, con menos discriminación.

Allí donde uno puede llevar consigo un gorro de la pantera rosa y son pocos los que se van a detener a juzgarlo, siquiera mirarlo.

El gay no se esconde, una pareja lesbiana pasa inadvertida y la prostituta es una más en una sociedad descontracturada en dichos aspectos.

En mi estadía en Barcelona concí a Joaquín, un hombre por aquel entonces drogadicto y solitario, pero no por ello menos inteligente a muchos genios, amante de la música y la poesía.

Luego de unas copas, Joaquín me comentó que esa noche se reuniría en su casa con una prostituta.

Mi primer pensamiento fue que mi amigo buscaba una mujer con la cual tener sexo a cambio de dinero, lo que rápidamente él desmintió, ya que únicamente le interesaba compartir un grato momento de charla argumentando que "las malas compañías son las mejores" y que Laura era la más señora de todas las putas y aún así, la más puta de todas las señoras con un corazón tan cinco estrellas.

Descorporización

Sheila Lapaz Lonze

Un ruido muy fuerte. Me despierto, siento que algo me sacude. Silencio. Ahora voces, gritos, corridas. Alguien se acerca, no veo nada.-ella está muerta-.

Lo último que recuerdo, yo y mis tres amigas viajando a Entre Ríos en auto. La última parada, fue en una estación de servicio a cien kilómetros de Gualeguaychu me senté adelante, para estirar las piernas. Me dormí.

Comienzo a ver. Me veo en una camilla, sola, dormida. No entiendo, parece un sueño. Llega mi mama llorando, toma mis manos, me habla, me sacuda. No siento nada. Ahora comprendo, no es un sueño, es el sueño eterno. Yo estoy muerta.

Mamá comienza a vestirme, mientras lo hace me habla.

—no puedo creer que yo te esté cambiando a vos. Te traje este vestido que te gusta.- Callo. Se quedó observándome, probablemente recordando mi respuesta. Rompió en llanto.

Trasladan mi cuerpo a una sala velatoria. Hay mucha gente. Mis amigas, que viajaban conmigo se encuentran ahí, están bien solo tienen algunos raspones y moretones. Las escucho, lloran y se reprochan.

–No me di cuenta que no se había puesto el cinturón.-Muchas de las personas que se encontraban allí, no las veía hace mucho, o no tenía mucha relación. Mis más allegados, se acercaban me observaban con pena y dolor. Me besaban y se retiraban, no soportaban verme así.

–Pobre la madre, era tan joven.-Comentaban.

Así transcurrieron las horas de mi velorio. Al que asistí obligada. No me gustan. Hubiera preferido que no lo hagan. El cajón, las luces tenues, el llanto. Pero no es para mí, sino para ellos, para mama que no quiere dejarme ir. Luego el cementerio. Comienzan a bajarme y es ahí donde todos comprenden lo que pasa yo comprendo. Me voy, me fui. Los llantos se alejan. La luz se apaga. Silencio.

Culpa de nadie

Juana Lizardía

No me vio crecer. No estuvo conmigo. Mamá fue madre y padre, trabajó y se desvivió por mí, para compensar lo que me faltaba, lo que nunca tuve. Sin embargo, cuando pudo tenerme, prefirió echarme.

No lo culpo. Fue decisión de mama irnos a otro país, solo quería lo mejor para mí y para mi hermana. Ellos ya no estaban juntos y no había mucho que mi papa pudiera hacer para frenarla.

Tampoco la culpo a ella por haberse ido, fue lo que creyó correcto, la mejor solución para sacarnos de la crisis que azotaba a argentina en ese momento.

Así crecí. Con una mama que se me rompió el lomo por darnos una buena educación, un a linda casa y una crianza justa. Así crecí con cartas, mails, fotos y encomiendas de papa. Regalitos que llegaban desde lejos, miradas por la cámara web.

Así, también, tome la decisión de volver. De reencontrarme con quien alguna vez me arropo antes de dormir, me llevo al jardín en bicicleta, quien me llevaba de campamento. Reencontrarme con mi papá y con lo que alguna vez fui.

El tiempo nos desencontró. No se puede crear una relación, un lazo, vía internet.

Él no me conocía del todo, ni yo a él. Eso fue lo que nos terminó condenando. Éramos explosivos los dos, el solía hacer de una cosa pequeña, una tormenta. Yo intentaba mantenerme calmada, pero llegaba a un punto en el que se me hacía imposible callarme. Conseguía sacar lo peor de mí, me hacía explotar con él.

No me vio crecer. No estuvo conmigo. Me cerró las puertas de mi casa “su casa” como él dijo.

Rompí un sillón y él me rompió a mí.

– Dame las llaves y no quiero verte más – Gritó en el pasillo.

– Si me voy te olvidas que existo – le conteste. Y así fue, me fui para no volver.

No la culpo a ella, no lo culpo a él, ni me culpo a mí. No se trata de culpas. Terminé de entender que todo pasa por algo y que lo que no pasa, por algo también es.

Y la distancia duele, pero hierde más la indiferencia. Si las cosas tienen que ser así, que así sean. Total, la culpa no es de nadie.

Toro Rengo; La invasión

Leandro Nicolás Maldonado

El invierno en Toro Rengo es duro, el viento frío castiga a sus tres mil habitantes que salen de sus casas para seguir con sus rutinas a pesar del invierno.

Sin embargo en el invierno del año 1994, en el pueblo se dejó de hablar del invierno y el frío viento.

La mañana del 14 de julio en la casa de Jorge Omar, un viudo de 54 años, que tras el fallecimiento de María, su mujer, se volcó al consumo desmedido de alcohol, un destello de luz verde iluminó todas las habitaciones de su casa y provocó que se levante muy exaltado. Aturdido por la resaca y el susto, bajo semivestido por las escaleras y se dirigió al patio. La luz lo encandilaba y el fuego del pasto no lo dejaba acercarse, solo se apreciaba la sombra de lo que parecía una roca gigante.

De repente la luz se apagó, Jorge podía ver mejor la roca que comenzaba a abrirse por la mitad, una figura delgada comenzaba a asomar. Era una criatura de aspecto muy similar a cualquier persona, pero con algunas diferencias muy importantes, ya que no tenía pelo, ni orejas, ni boca y sus dedos eran más largos que los de una persona normal.

De Jorge no se supo más, la policía del pueblo no pudo explicar nunca lo sucedido en este caso, ni en los que volvieron a pasar en los siguientes inviernos de Toro Rengo hasta el año 2000 cuando se ordenó a todos sus habitantes que abandonen el lugar transformándolo en un pueblo fantasma.

Niña vs Niña

Sofía Martín

A medida que uno va creciendo atraviesa tres etapas respecto a sus padres: primer etapa admiración, segunda etapa decepción y tercer etapa, aceptación. En mi caso, las viví con mi madre.

Mi mamá es una persona sumamente artística e independiente, las cuales me parecen facetas muy positivas, pero también puede ser una persona solitaria, egoísta y, muchas veces y sin querer ofender, ignorarte. No tiene los intereses que suelen tener las demás personas mayores, lo cual fue muy divertido mientras era chica, pero a medida que fui creciendo, comencé a tener ciertos problemas con algunas de sus actitudes.

De pequeña todo lo que quería era ser como ella, inclusive me obligaba a dibujar, cosa que ella hace muy bien, sabiendo que yo no poseía las habilidades artísticas de mi madre y que hasta el día de hoy no logré desarrollar.

Cuando empecé a verme más grande, comencé a encontrar mis propios intereses y quise compartirlo con ella, pero ella parecía no darle mucha importancia. “Sí, sí, sí, a los locos hay que decirles siempre que sí”, me decía.

Recuerdo que varias veces, al volver de la escuela le decía:

–Má, ¿me ayudas con la tarea?

–No te ayudo porque sé menos que vos. Respondía ella y volvía a lo que estaba haciendo. Lo cierto es que no era que necesitara realmente su ayuda porque, y sin querer alardear, yo fui una chica muy capaz. Buscaba su atención.

Algunas noches, cuando ella pintaba, me acercaba prometiéndole que no haría ruido, que sólo quería mirarla, pero ella con bastante mal humor, gritaba “¿acaso no puedo estar un rato sola?”. Y yo me retiraba triste y avergonzada, jurándome a mis adentros que nunca sería así con mis hijos.

Los años fueron pasando y, luego de varias vivencias personales, de esas que suele ponernos la vida misma, comencé a entender más a mi madre. Comencé a respetar sus espacios sus silencios, que no todo lo que a mi madre le interesaba tenía que interesarle también. Podría decirse que hoy en día somos un tipo de amigas muy especiales. Además, si hay algo que aun no entiendo y sobrepasa cualquier límite, es el amor de mi madre.

Don't think too much

Mariana Moccero

¿Habrà birra después de esta limitada vida?- pensé en voz alta a la vez que embebía mis

labios en ella: Esa cerveza helada, rubia y amarga que tanto disfrutaba. Como cada miércoles este ritual se repetía religiosamente pasadas las veinte horas para aprovechar el dos por uno de esa cerveza artesanal, producida en el sur patagónico.

En ese miércoles en particular, el segundo del mes de abril, contaba con la presencia de tres de mis mejores amigas. Nos conocimos tres años atrás, en aquel restaurante para la alta sociedad de la ciudad donde tantas horas padecemos dentro. No peco de exagerada cuando digo que el motivo por el que permanecí allí tres largos y tediosos años fue por ellas. Las sofocantes horas de trabajo, el mísero sueldo y el maltrato tanto por parte de los clientes como de los encargados era una constante. Repito, ellas y la necesidad por solventar mis estudios universitarios me hicieron seguir allí.

Estábamos sentadas afuera, disfrutando los íntimos rayos del sol otoñal que llegaban a través del amplio ventanal que daba al boulevard arbolado de afuera. Ésta era ya nuestra cuarta pinta, lo que equivale a dos litros de alcohol y siendo artesanal pega más. He aquí el momento en el cual a algunos se nos da por ponernos melancólicos, ocurrentes o particularmente filosóficos.

– ¡Chicas me pueden dar pelota!- dije indignada mientras apoyaba contundentemente el vaso de vidrio vacío sobre la mesa.

– ¡Qué se yo, boluda!"- Contestó Belén calurosamente- "Mirá en lo que estás pensando también.

– Bueno, disculpame pero es que me da intriga saber que cuernos hay después, si es que hay algo...- dije mientras me sumía a una turba de pensamientos internos y surreales que sólo el alcohol y la droga logran en mi. Las flores que había fumado momentos atrás en el baño hacían ahora de las suyas. Y en ese huracán de reflexiones me vi envuelta, olvidándome de las chicas, de la birra, de la música de fondo y de los treinta whatsapps sin responder.

¿Habría un más allá?. Hoy estoy pero ¿Y mañana?.

La sola idea de morir joven me atormentaba. Más que muerta, yaciendo ahí inmóvil, me veía desde afuera, observando la actitud de mi gente querida, sabía que más de sesenta años no quería vivir, siempre lo tuve claro. Es más, creo que más que miedo a la muerte, le tengo pánico a la vejez. El hecho de que mis extremidades pierdan movilidad y sensibilidad, la piel se caiga, los sentidos flaqueen y las numerosas enfermedades que acompañan a los de la tercera edad me da asco, rechazo.

Sentada allí, en esa mesa redonda con mis amigas, presente pero ausente, decidí que si yo no tuve opción a la hora de nacer, decidiría cuando morir. Ya que tanto nos inculcaron en la facultad de ser arquitectos de nuestro destino, pues eso pensaba hacer. Y qué mejor que en compañía de gente que adoraba, en la cervecería que tantos momentos alegres pasaba y bebiendo esa pócima mágica que tantos delirios me daba.

Y fue así, sin decir nada, como tampoco había dicho nada cuando me ensimismé en mi nebulosa de pensamientos morbosos, que me dirigí a la ventana, la abrí de par en par y al balcón me asomé y sin más, al vacío me tiré.

Olvidé mencionar que nos encontrábamos en una planta alta. Ah y definitivamente comprobé que hay birra después de la muerte, cuando en mi último respiro de vida, reventada boca abajo contra el asfalto, un olor a cerveza y sangre llenaron mi nariz.

Miedo a lo desconocido debajo del agua

Carlos Osman

Desde muy pequeño le he tenido miedo al agua de los ríos o el mar, quizás todo se deba a que en una oportunidad pasé por una situación muy particular. Fue cuando me encontraba nadando junto a mis primos, a orilla del río Paraná, cuando de repente vimos que un pez muy grande saltó cerca de nosotros, casi al lado.

Eso nos asustó, llevándome a pensar cuántas cosas pasaban debajo del agua, qué peces o cosas nos podría llegar a hacer daño. Esto fue suficiente para que nos quedáramos cerca, en la orilla del río.

Hoy después de tantos años de repetirse ese pensamiento, durante los períodos vacacionales en el mar, sólo me deja una reflexión que creo que es el mayor causal del temor al agua. Pues no es el agua lo que me atemoriza sino el hecho de no ver lo que me podría dañar.

Más que nada el miedo a lo desconocido, no ver lo que ocurre debajo del agua y no tener la oportunidad de defenderme.

Tanto ha crecido la desconfianza que ya no disfruto las idas a la playa, sólo comparto los juegos en la orilla con mi familia, tratando de no transmitir esos temores a mis hijos para que ellos disfruten con alegría los períodos de vacaciones en las costas del mar.

La última campanada

Emiliano Pettovello Paladino

La noche se acercaba, la primavera estaba latente, los pequeños retoños de esos grandes árboles comenzaban a nacer.

Allí estaba yo, depositado en una cama con vista al campo, sabía que era el principio del final, al que tanto temía.

Ciento diez años y yo aquí, en este mundo cambiante, en esta ciudad acelerada, grande y a su vez muy familiar.

Desde mi posición observaba el jacarandá lindo, alto imponente frente a la ventana; detrás las Sierras de Tandil estaban en su máximo esplendor, como hace años atrás.

Ya todo era tranquilo, mis hijos trataban de complacerme, pero solo quise darles un adiós y poder lograr un encuentro en otro mundo con toda mi familia.

Los días iban pasando, el jacarandá pronto cobró fuerzas y de lejos podía ver sus pequeños pimpollos. A las cinco de la tarde suenan las campanas del reloj de madera, mis hijos tenían conciencia de que mi final había llegado.

Era hora de despedirse, de tratar de que su dolor no sea mayor, que sepan lo vivo que estaré.

Sólo cerré mis ojos en vista a aquel precioso árbol y antes de morir observé cómo sus flores se abrían al sol tibio de la tarde.

Damas gratis

Nicolas Racciatti

Entrando al lugar el aroma al sahumero me llegó a la nariz, entre las tenues luces rosas y violetas comencé a correr cada cortina, y en cada uno de ellas mis ojos veían peores situaciones, y aunque me inundó una feroz impotencia, al ver a esas niñas ausentes en su presencia, tiradas en la cama con la misma mirada perdida, tenía claro mi objetivo.

En uno de los últimos sucuchos, de mala muerte la encontré, estaba ahí, tirada casi sin reacción, esa feliz y juguetona nena que supo ser ahora no era más que escombros, estaba en un estado en el que existía y dejar de estarlo, ya no tenía importancia.

A pesar de que verla así me paralizó el tiempo debía actuar rápido. La alcé, su cuerpo pesaba menos que su espíritu así que escapar de allí fue sencillo. A penas subí al auto partimos hacia la ruta a toda velocidad, hasta que, al asegurarme de no ser perseguido, frené para comprar algo de comer. De a poco la alimenté, comía poco, pero recuperó algo de su humanidad y allí fue cuando me reconoció. Fue un abrazo hermoso, quería que no termine más.

Fuimos a una estación y le conté qué había pasado en el mundo afuera de su cuartito

donde pasó momentos horribles mientras yo me quejaba por lo caro que estaba el gas. Durante dos años siguientes me dediqué a disfrutar de mi hija, a verla crecer, madurar, disfrutar, vivir. Noté que ella también disfrutaba cada momento, y que, poco a poco aprendió a vivir de nuevo.

El dinero no da la felicidad

Rodrigo Rojas

Cristian Benitez era un chico de 15 años que vivía con sus abuelos, Ernesto y Marta. Ellos no tenían un casa enorme o un auto lujoso, más bien vivían una situación precaria, apenas tenían para llevar un plato de comida todos los días, Ernesto trabajaba como repartidor de diarios y la paga no era buena.

El joven Cristian, sabia del enorme esfuerzo que hacia su abuelo para llevar adelante la situación de la familia y un día decidió ir a la calle en búsqueda de trabajo. Salió a recorrer y preguntar en todo tipo de lugares si le podían dar la posibilidad de trabajar, la cual se le negaba porque no querían aceptar a chicos tan jóvenes.

Frustrado se sentía el chico después de tanto insistir y no conseguir nada para poder ayudar a sus abuelos. Una noche, Cristian se retiró de la cena sin apenas tocar su plato. Marta preocupada por esto sospechaba que algo le sucedía y fue a buscarlo en su pequeña habitación.

–¿Qué es lo que te pasa Cristian?.-Le pregunta la abuela, viéndolo con los ojos llorosos.

–Es que entiendo el enorme esfuerzo que hace el abuelo para que podamos vivir bien, y no quiero que tenga que cargar con eso el solo, quiero ayudarlos.

Muy emocionada la abuela se retiró de la habitación con lágrimas que le caían de los ojos.

Al rato, entra el abuelo a la habitación de Cristian, que encuentra muy pensativo mirando el techo. Ernesto se le sienta al lado de la cama y le dice:

–La abuela me comento lo que paso Cristian, sos un chico muy bueno, me alegra saber que pienses de esa manera tan solidaria, habiendo tanta maldad en muchos lados. Tenés un corazón enorme y quiero decirte que as allá de las veces que vuelvo cansado del trabajo, me alcanza con que vos y la abuela puedan tener un plato de comida siempre, eso me deja satisfecho y me hace feliz.

Después de esas palabras que emocionaron a Cristian, el joven le dio las gracias al abuelo por todo lo que hacía por ellos y le dio un gran abrazo, que no quería soltarlo nunca más.

Oblack

Alejandro Nahuel Roldán

Jack Oblack era teniente de un comando especial de Gales llamado "Navy Bales". El presente de este 2016 Estados Unidos quiere imponerse en toda Europa.

Jack "The Beast" junto con sus seis suboficiales tienen una misión especial, pero Jack no pasa un buen momento emocional, piensa que puede morir y tiene ganas de contar que es homosexual. Nunca lo contó por todo el estereotipo que tiene ser un "Navy Bale". Los Navy Bales son lo mejor que Gales puede ofrecer. Entrenados a la par que los Seal de Estados Unidos y los M-16 de Inglaterra, mientras que la Guerra avanza, Jack pasa otra guerra en su interior.

El día 22 de mayo de 2016, los Bales tienen una misión especial en Francia: La Torre Eiffel estaba destruída y la plaza, minada. The Beast y sus suboficiales quienes eran; Axe (Comunicaciones), Black (Sniper), Aron, Ernest y Ramsey (Artillería) caen al suelo a 20 kilómetros de la plaza minada, en sus paracaídas. Estaban rodeados, mientras llovía de manera intensa, los japoneses y los yankees se acercaban. La vida de Jack pasó en su

mente en un instante y pensó que todo era una farsa y en ese momento un francotirador japonés mata a Axe y se quedan sin comunicaciones, estaban perdidos.

Corrieron y se escondieron en una trinchera que estaba cerca y Jack aprovechó, tomó coraje y dijo que era homosexual, parecía todo silencio y Ramsey levantó su voz y dijo: "Teniente, los hombres no están hechos por su sexualidad, están hechos de sueños, de coraje y de valentía. Ser hombre es luchar".

Emocionado, sintió que era el momento indicado para morir por algo que nunca fue una farsa, su amor a la patria. Entonces salió de la trinchera y empezó a disparar llamando la atención del enemigo.

Oblack dejó que escaparan sus compañeros recordando en su lucha que ser hombre es vivir la vida con valentía a pesar de todo.

Buscando la paz

Chiara Russo

Recién volví del médico, dijo que mi hijo nacerá la próxima semana, para el 20 o 21 de abril.

Estoy acostada en el sillón, trabajando, escribiendo la columna del día y llama mi marido, le cuento la noticia y saltando de alegría viene a casa para acompañarme y estar juntos un rato.

Disfrutamos la vida que construimos, nada de obligaciones rígidas ni prohibiciones, solo lo que nos gusta hacer.

Quedan tres días para que nazca, estoy ansiosa, pero a la vez tengo miedo, siento un dolor que no cesa, duele, pero supongo que es lo normal.

Cayó 20. Estamos yendo al médico, quedan pocas horas, ya lo siento; llegamos a la sala de parto y comienza el trabajo. Me duele, grito, pataleo, lloro y por fin me alivio, nació mi hijo, ya nació. Abro los ojos y el doctor lo tiene en sus brazos, tiene una vista rara, extraña, asustada; los enfermeros y las enfermeras comienzan a gritar y corren fuera de la sala.

Miro espectante, quiero a mi hijo en mis brazos, no importa lo que haya sucedido, lo apoyo contra mi pecho, le corro la sábana de la cara y grito. No es humano, es un ser indescriptible para la imaginación humana, es color esmeralda, tiene tres brazos, cuatro piernas y es un poco más ovalado que mi marido. Es un alien, o eso creo, no sé que pensar, he tenido un hijo alienígena

Ya pasaron quince años desde su nacimiento, lo he criado en casa a escondidas, a mi familia le he dicho que falleció en el parto por imprudencias del médico.

Un día como cualquier otro mi marido regresa a casa, se recuesta en el sofá y comienza a llorar; su padre lo ha llamado por la tarde para darle la mala noticia de que mi suegra está enferma.

Mi hijo debe quedarse en casa el tiempo que nosotros vayamos a visitar a sus abuelos, ya está acostumbrado e igual es feliz, tiene una vida aunque no genere empatía con otros seres humanos, yo sospecho que en sus sueños él viaja a otro mundo y se conecta con otra realidad.

Llegamos a la casa de mis suegros y Marta está recostada en la cama, no se ve muy bien, está enferma. Nos sentamos todos al rededor de ella. Con mi suegro y mi marido comenzamos a distraerla con noticias del día.

Marta cierra los ojos y creemos que ha muerto, nos levantamos y llorando bajamos las escaleras para llamar a la funeraria pero antes del segundo tono del teléfono baja los escalones un ser como mi hijo. Mi suegra llora y no entiende su cambio, sigue siendo ella, sus sentimientos y pensamientos son iguales, sólo ha cambiado su físico, se transformó.

Han pasado 20 años y hemos reunido a toda la familia, el episodio de mi suegra ha ocurrido en distintos lugares del mundo, se ha investigado y lo que sucede es un cambio

corporal a partir de la muerte física de un ser humano, luego un alien dona su cuerpo durante el día y es manejado por el alma humana pero a la noche su cuerpo viaja a un mundo distinto, a la realidad alienígena.

La vida ha cambiado, hemos encontrado un equilibrio y el mito de horror ha desaparecido del mundo; comprendimos que mi hijo murió en los días de dolor pero se transformó en algo maravilloso y único.

Sin explicación

Florencia Sánchez

Ser perfecto implica ser una buena persona y que jamás te pasan cosas malas pero si te equivocas y haces algo mal eres un error en el mundo que vivirá de accidente en accidente. ¿Quieres ser buena persona? Busca ser perfecto ante los ojos de los demás, procura ayudar a tu prójimo y respetar a tus mayores tienes obligación de simpatizar a todo el mundo aunque estos no te agraden. Debes cuidar tu imagen y comportamiento y pensar tres veces lo que vas a decir antes de hacerlo, muéstrate siempre como alguien intelectual aunque no lo seas y resalta ante la multitud.

El ser perfecto solo conoce la felicidad y lo plasma en una sonrisa estable, ese es tu deber si tu objetivo es la perfección. No sirven los intentos, acá lo que cuenta son tus logros y no tus fracasos. Pero te advierto una cosa, la vida misma me ha enseñado que seas o no perfecto jamás vas a poder evadir las tragedias o cosas malas, los accidentes no eligen a sus víctimas por sus actitudes solo ocurren sin explicación. Hay veces son injustos pero es así como funcionan.

El día llegó

Carolina Schwab

Ana es una nena de ocho años, estatura media para su edad, pelo negro y unos hermosos ojos miel. Ella vive con su madre llamada Marcela. Pelirroja y los mismos ojos miel que la hija.

Ese día, tres de junio, estaban ambas en la puerta del juzgado, esperando que aprobaran la libertad condicional del padre de Ana. Él, Juan, había sido condenado a diez años de prisión, por el asesinato de un hombre en una pelea de bar.

Madre e hija, estaban convencidas de que era inocente a pesar de las acusaciones contra él y las pruebas encontradas.

—Amos, pase lo que pase hay que estar ahí para apoyar a tu padre ¿sí? Sin lágrimas corazón.-le decía la madre con toda la dulzura que pudo.

Ana inmóvil, sonrió y movió la cabeza afirmativamente. Ella no había conocido a su padre ya que lo arrestaron a los tres meses de embarazo. Solo tras las rejas de la penitenciaría. Ni un abrazo, ni un beso, ni una caricia.

Entraron a la corte y vieron a Juan entrar adelante de ellas, tenía una sonrisa débil, cabello negro, más largo de lo normal, barba descuidada. Aun así lo que más le rompió el alma a la pequeña fue verlo esposado de manos y pies.

Se sentaron todos y el juez llamo a silencio. Todos callaron.

—Ya tenemos el veredicto del señor Deleo- sentenció el juez.

—Sera puesto bajo libertad condicional por buen comportamiento mañana mismo- dijo el juez finalmente.

Las sonrisas salieron, los tres, Ana, la madre y el padre con una sonrisa gigante en sus caras.

Al día siguiente Juan fue liberado y lo primero que vio al salir fue la cara de su niña, su pequeña saliendo del auto directo a sus brazos, seguida de su amada esposa. Segundos después llegó ese abrazo, ese que por fin te dice que todo va a estar bien.

Podrán cortar todas las flores del jardín pero la abuela no se enojará

Rocío Testa

Como muchos sabemos, las abuelas son un tanto contradictorias a la hora de consentirnos en relación a las decisiones de nuestros padres, sobre todo cuando son malos.

Fue así que una tarde de septiembre, Alicia, madre de María y abuela de Rocío, hija única de diez años, la fue a buscar a su cuarto para invitarla a la plaza como lo hacía todos los fines de semana.

La abuela Alicia le preguntó a Rocío si quería ir: -¿Rocío, vamos a la plaza un rato?.

Rocío miró a su abuela y se quedó pensando en que no tendría permiso por la macana que se había mandado.

Esa misma mañana, la niña se había puesto a jugar inocentemente, como toda niña, en el jardín de su abuela y le cortó gran parte de los preferidos y queridos jazmines. Éstos eran un gran tesoro para la mujer que le ponía mucha dedicación a sus plantas y flores.

A todo esto, la abuela Alicia no estaba enterada de lo sucedido, solo lo sabía María, la madre de Rocío, quien aún no sabía como iba a explicar lo sucedido ya que todo lo que había echo su hija era un desastre.

La niña comprendía que si le decía la verdad a su abuela le iba a causar un daño muy grande

Su abuela le repitió: "¡Rocío! ¿Vas a la plaza o no? Está muy linda la tarde, en qué piensas", "Dale Rocío vamos y paseamos por el vivero de la esquina a comprar unas flores que me encantaron"

Cuando la niña oyó esto se asustó y su madre, que estaba en su cuarto, también puso cara de preocupación. Rocío sabía que no tenía permiso para salir en todo el día, ni siquiera al jardín de su casa.

La abuela murmuró nuevamente: "Hija, ¿le das permiso a Rocío que no responde?"

– No tiene permiso mamá- Respondió la madre.

– Pero no entiendo hija, ¿Por qué?

– Rocío hizo algo muy triste- Mencionó su madre y se le cayeron unas lágrimas, juntó fuerzas y dijo:

– Rocío no tiene permiso porque hizo algo muy grave mamá.

– Pero hija... qué tan grave es, no entiendo nada

Rocío lloraba del susto

– Mamá perdón pero Rocío hizo algo malo- continuó la mujer.

– Rocío qué hiciste, contame- dijo su abuela

La niña miró a su abuela y dijo que había hecho algo triste por jugar y le prometió a su abuela no jugar más.

–No digas eso Rocío, no entiendo, explicate.

La pequeña quedó muda.

–Todo niño tiene derecho a jugar, vení vamos a salir un rato al aire libre, vamos al jardín, de todos modos tu madre te dejó en penitencia pero a cargo mío- dijo la abuela- Vamos y contame un poco lo que hiciste.

Rocío le tomó la mano a su abuela, con miedo y salió junto a ella camino al jardín.

Nuevamente la señora le preguntó qué había hecho.

–Corté tus jazmines abuela- confesó la niña- Perdoname.

La abuela, entró al jardín y vio todo en orden sin entender lo que decía su nieta, estaba

asombrada y volvió a preguntarle a Rocío.

Cuando la niña miró el jardín vió todos los jazmines y no entendió, ella misma los había cortado esa mañana.

La abuela le dijo a su nieta que no dijera mentiras, pero ella, no comprendía y se encontraba en un estado de preocupación.

Esa misma mañana cuando su madre la dejó encerrada y sin permiso en su cuarto, aprovechó para reponer todo lo que su hija había cortado, el jardín estaba impecable.

La madre de Rocío se le acerca y le dice al oído: "Podrán cortar todas las flores del jardín pero la abuela no se enojará".

Libertad abortada

Julián Troccoli

Todo el tiempo pasó por el mundo llevándome el alma de distintas personas, de todo género y edad. Mientras voy llegando, siempre a su alrededor los allegados comentan lo sucedido y se lamentan por el hecho, argumentando que era buena gente y no lo merecía.

Uno de los casos, que aunque no fue el único, me llamo bastante la atención. Era el de una joven de quince años, que en un encuentro pasajero con un pibe había quedado embarazada. Su decisión era de no tenerlo, pero no sabía cómo contárselo a sus padres y amigos, ya que creía que todos la juzgarían. Noche y día pensaba en como encararía la situación.

Después de tanto reflexionar, encaro a sus padres luego de cenar y se los conto. Todo sucedió como ella lo esperaba: le gritaron, diciéndole que no podía ser egoísta y tendría que hacerse cargo de lo que había generado.

Las lágrimas derramadas por horas ya habían desahogado su corazón y tomo el valor para realizarse el aborto ella misma, aun sabiendo que cargaría con los estigmas de una sociedad infectada por las industrias culturales. Agarro una percha de alambre, la desarmo y de a poco se la introdujo en la vagina. Rápidamente comenzó a sangrar y cada gota me permitía acercarme un poco más. Allí, en medio de un charco rojo y solitario, aparecí para llevarme el alma de aquella joven desangrada y llena de sueños, que lo único que pudo abortar fue su libertad.

Ranchando en la miserere

Leonardo Urruti

Frío era el que pasábamos en nuestra casa, el monumento de la plaza, la panza como siempre rugía pero no había ni un pedacito de pan, por eso le dábamos duro al fortex con mis compas, mañanas frías si las hay te lo puedo asegurar, pero bueno, otra no quedaba, debes en cuando nos hacíamos algún que otro arrebato a alguna vieja y comíamos algo, pero siempre prendidos a la bolsita que era la único que nos sacaba el frío.

Cada inhalada era como puños en el pulmón y la cabeza empezaba a volar, me olvidaba de la miseria por un rato, pero al volver al modo careta se necesitaba para volver a olvidar, por eso trabajaba para un viejo apodado el tuerto. Él nos hacía rondar por los trenes vendiendo estampitas y bueno después estaba en cada uno ser pillo y arrebatar algo.

En la mañana del dos de abril mientras hacía mis andanzas en el tren Roca vi a una viejita que apenas podía caminar pero yo tenía mucha hambre, pasé caminando y rápidamente le arrebaté la cartera y entre a correr hacia el furgón porque ahí es más fácil saltar, en la corrida de la gente se metió en mi camino sin dejarme paso.

Con mis ocho años me dieron una tremenda golpiza, y me llevaron a la comisaría. Adentro el comisario me golpeó, me subieron al auto y acá estoy colgando del puente Juan B. Justo. Con el cuerpo sin vida, sin derecho a nada por ser un chico más de la calle.

Un día no tan común

Estefanía Valiente

Es un día muy gris, hace mucho frío, está empezando a gotear y yo voy caminando, no aguanto más, tengo la espalda helada, ya quiero llegar a casa, poder tomarme una taza de café caliente y además sentir el calor de la estufa. No llego más, estoy lejos aún y no sé a qué hora voy a llegar.

Me voy acercando a una esquina dónde está la parada de colectivos, para no caminar más, no sentir más el frío y llegar de una buena vez a mi casa. En ese momento se me acerca y se me pone al lado una muchacha de unos veinticinco años.

-¿no tendrás fuego para convidarme? Se me acaba de romper mi encendedor.

-Uhh, discúlpame pero lo dejé en mi casa y estoy lejos, sino te prestaba.

-Bueno, no te preocupes, gracias igual.

En ese instante, quise seguir hablando con ella ya que me había sorprendido el atuendo que llevaba, estaba con una pollera corta, una musculosa bien apretada y al cuerpo, que se le sobresalían los pechos, botas largas y un saco color negro. Necesitaba saber por qué estaba vestida de esa manera, me daba curiosidad e intriga, pero no sabía si preguntarle o no ya que no la conocía y no sabía cómo iba a reaccionar. Pensé unos minutos, tomé coraje y le dije:

-Sé que no te conozco y no nos conocemos, ni sé tu nombre, pero ¿te puedo preguntar algo? No quiero desubicarme pero me llamó la atención el atuendo que llevas puesto ¿acaso sos prostituta o algo de eso?

Me mira con cara de sorprendida, se ríe y me responde:

-No hay problema, no te desubicas con lo que me preguntas, al contrario. Sí soy prostituta, es de lo que trabajo y de lo que vivo.

Me quedé en estado de shock y sorprendida a la vez, ya que nunca me había relacionado y hablado con una prostituta.

-Wow, estoy realmente sorprendida, nunca había tenido una interacción con una prostituta, pero me da intriga que me cuentes por qué y cómo se te dio por trabajar de eso y no de otra cosa. Pero primero lo principal ¿cómo te llamas?

-Me llamo Marisol, tengo veinticinco años y si querés te puedo contar por qué elegí trabajar de esto.

No podía creer lo que estaba pasando, no caía, ya que pensé que tal vez se ofendería y no quisiera contarme sobre su vida personal.

-Sí por favor. Me da muchísima intriga saberlo.

-Bueno, si querés sigamos caminando y te voy contando todo.

Marisol desde ahí me empezó a contar sobre su vida personal, yo no podía creer que ella no había tenido problema en decirme y contarme todo sobre ella. Entonces estamos caminando y me empieza a decir:

-Empecé a los dieciocho años a trabajar de prostituta, fue una elección de vida y realmente no me arrepiento de haberlo hecho.

-Pero, ¿no pensás enamorarte? ¿En formar una familia? ¿En estudiar?

-La verdad que a veces sí, pero por ahora estoy bien de ésta manera, capaz que más adelante puede ser que estudie y deje de lado la prostitución.

-Bueno, ojalá así sea. ¿Y tu familia?

-Mi familia no vive acá, yo soy de Perú y me vine a vivir hace muchos años a este querido país, mi querida Argentina. Pero sé que están bien.

Desde entonces supe que esa chicha estaba sola acá, me dio mucha lástima y quise seguir en contacto con ella, así no se sentía tan sola y tenga con quién hablar cuando lo necesite y le dije:

-Me encantaría no perder contacto con vos, ¿tenés celular Marisol?

– ¡Sí, tengo! Te lo paso si querés y seguimos en contacto. Podemos llegar a ser buenas amigas.

Y así fue que pasó, desde aquel día no tan común, nosotras nos hicimos muy buenas amigas y nos juntamos todos los días a hablar y a compartir cosas juntas.

Nunca más me voy a olvidar de aquella experiencia que tuve cuando conocí a Marisol y lo que hay que rescatar es que quizás al haberme relacionado con ella aprendí que no todo en la vida se basa en los buenos trabajos, en un estudio, o también en formar una familia, hay veces que aquello que no llamas trabajo como por ejemplo la prostitución por elección para esas personas que eligen trabajar de eso es por algo y aunque haya diferentes opiniones con respecto a esto para Marisol es su vida, lo que le da de comer y de lo que vive, todo gracias a la prostitución.

Sí, acepto

Juan Manuel Villarreal

¿Cómo anda la novia? Era l primera pregunta que su abuela le hacía a Darío, cada domingo que se juntaba toda la familia a comer. Adelante de primos, tíos y algún conocido de la familia que siempre aparecía agachaba la cabeza y tímidamente contestaba "bien", dejando una incógnita en la respuesta pero a la vez intentando salir rápidamente de esa situación.

En su adolescencia y últimos años de colegio, realizando aquellas salidas de amigos, en las cuales apenas entraban al bar, se dispersaban como hormigas cada uno de los que habían ido con él, en busca de mujeres. Automáticamente se quedaba solo. En lo que era una salida entre amigos terminaba solo, apoyado en la barra tomando una cerveza y observando ese panorama en el cual no se sentía muy a gusto pero que intentaba buscarle la vuelta para pasar un rato fuera de su casa. Veía pasar a sus amigos con mujeres, bailando, seduciéndolas y luego irse del bar, quién sabe a dónde. Esas eran sus salidas en esa época de su vida.

Su padre lo hizo fanático del fútbol, fue jugador en el club de su barrio desde muy chico, le fascinaba ir a entrenar, pero lo que más le gustaba era el momento en que entraba a la cancha el domingo, vistiendo los colores de su querido club y defenderlos jugando a la pelota.

A medida que fue creciendo fue perdiendo esa emoción y esa pasión; la adrenalina que generaba cada partido dentro de la cancha, se transmitía en la tribuna. Las personas que iban a precensiar cada encuentro se transformaban en fanáticos gritando todo el tiempo.

Darío trataba de permanecer tranquilo, pero hasta que un día, luego de recibir una patada, la hinchada del equipo rival comenzó a gritarle con euforia "Puto, levantate maricón", "Dale, arriba no seas nenita".

Ese fue el último partido de Darío en ese equipo y el último que jugó al fútbol.

Estas eran algunas de las situaciones que se la pasaban por la cabeza antes de levantarse de la cama; las recordaba con mucha nostalgia, con lágrimas en los ojos pero de emoción; se había sacado un peso grande de encima.

Había pasado muchas situaciones complicadas a lo largo de su vida y por fin había llegado este momento que tanto esperaba .

Fue a preparar el desayuno y se lo llevó a su pareja. Desayunaron, se prepararon, organizaron los últimos detalles y salieron para el registro civil, repletos de felicidad, de emoción, de alegría...

– ¿Darío, aceptás por esposo a Franco?

– Si, acepto.

El amor que no será

Martina Viola

—Creo que estoy enamorada- le confesé a Juana, unos días atrás cuando estábamos en su casa cocinando.

— ¿cómo que crees?-me respondió sorprendida.

—Sí, creo. No estoy segura. Tengo sentimientos encontrados con respecto a él.

— ¿él?- me respondió dudosa, aunque también esperaba que nombre a Pablo. Se quedó en silencio esperando a que responda.

—Sí, Luciano.-respondí.

— ¿qué?- me dijo gritando de sorpresa. Era quien menos me esperaba.

Luciano es mi profesor de inglés de instituto, ahí conocí a Juana, quien tiene 17 años, uno menos que yo, y tenemos una excelente relación. Luciano es un hombre de aproximadamente 42 años, inteligente, en otras épocas lo hubieran llamado “buen mozo”, alto, flaco, morocho con barba. Y en muchos aspectos pensamos muy parecido. Solemos quedarnos hablando al finalizar las clases.

—No María, no puedo creer que te guste Luciano. Pensé que me ibas a decir que estabas enamorada de Pablo y ya que me estaba poniendo feliz.-Me dijo con cierto tono de desconcierto.

Pablo era un chico que tenía la edad de Juana, y que también cursaba con nosotras inglés. Él estaba enamorado de mí. Todos lo decían y se notaba. Tenía mucho interés por mí, pero nunca se animó a decírmelo.

—Juanita, necesito que me entiendas.-le dije con una dejadez de tristeza en mi tono de voz-ya sé que Luciano nunca va a estar conmigo, pero me gusta. Y se parece mucho a mi papa. Vos sabes, si yo pudiera me casaría con él, pero no puedo. Y Luciano me recuerda mucho a él. Necesito que esto quede acá.-Le pedí con tono suplicante.

Me miró con ternura, me abrazó y me dijo:

—Confía en mí.

Miércoles 18

Matías Violante

—La maté, era mía, ella, su cuerpo, sus gritos, su pelo, su vida. Me pertenecía, yo era su dueño, hice todo por ella. Usted no puede venir y juzgarme.

Así se presentó cuando le consulte que sabía respecto de la prostituta asesinada en Avellaneda. Me miro creyendo que lo dejaría ir de esa oficina en la que solo estábamos el, yo y una serie de preguntas.

Le consulté por aquel viernes 13 de junio, no sé porque sonrió, no me miraba, levanto sus cejas y hablo de ese día.

— Señor oficial, yo ya le comenté lo sucedido aquel día. Me levanté, fui a trabajar, dormí la siesta y a la noche...

—A la noche la asesinó, sin culpa alguna, lo confeso lo sé, solo quiero saber ¿por qué?- le dije interrumpiéndolo.

— ¿Puedo seguir?

—Sí, por favor.

—Todos los viernes nos encontrábamos y aunque sé que era un alquiler, si así lo quiere llamar, yo la amaba, ella me pertenecía, me gané su vida a lo largo de todo este tiempo, ella se entregó a mí. Recuerdo que me dijo “El día que ya no me necesites estaré muerta en vida, cuando yo te falle, juro ante Dios que todo esto se acabara, y si no lo acaba él, lo acabarás vos”.

No sabía qué decir, estaba aún sin entender, o más bien no lo quería entender. Me encontraba con los ojos entre cerrados, parado atrás de la mesa y adelante de él, mordiendo incansablemente los nudillos de mi mano izquierda. Y él simplemente siguió con su descargo.

–Vea oficial, para que entienda, no fue fácil tomar la decisión, recuerdo el sábado siete la vi con un señor, obviamente no me molesto, es su trabajo, lo raro fue que no era un simple laburo, era algo más, alguien más. El martes al hombre lo volví a encontrar, sus ojos y los de ella brillaban, se miraban, reían. El jueves tome la decisión de hablarlo. Créame oficial, no soy un hombre violento.-Suspiro- la golpeé tan fuerte. Sus ojos se cristalizaron, su mano izquierda se tomó la cabeza- cuando me entere de la verdad, ella me amenazó que me denunciaría, que hablaría. Tuve que hacerlo el viernes 13 fui como siempre, dijimos que sería el último, antes de irme, se durmió y abrí la llave de gas e hice lo anteriormente pactado. Ahora le pregunto yo ¿cómo supieron que fui yo?

Le comenté que era un simple sospechoso, pensamos que era un suicidio, algo no de mucha importancia pero recibimos un llamado anónimo con la denuncia. Me sonrió y finalizó su testimonio. Afuera me dijo:

–Créame que no quise hacerlo, tuve miedo, la vi con otro, ella era mía, y ahora sería de otro. Tuve miedo de perderla, de que se vaya, de que hablara.

Y al final, casi tenía razón Galeano cuando dijo que el miedo de la mujer es el reflejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo.